

Notandum, ano XXVII, 2024
CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

SAN JERÓNIMO, NAVEGANTE ENTRE TEXTOS

SAINT JEROME, NAVIGATOR BETWEEN TEXTS

SÃO JERÔNIMO, NAVEGADOR ENTRE TEXTOS

Silvia Magnavacca

Professora da Universidad de Buenos Aires-ARG. E-mail: silmagna@fibertel.com.ar

DOI: <http://dx.doi.org/10.4025/notandum.vi62.72219>

Recebido em 04/04/2024

Aceito em 06/05/2024

Notandum, ano XXVII, 2024

CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

Resumen

Este trabajo se articula en tres momentos en los que se presenta la figura de San Jerónimo en confrontación con la agustiniana y después de aludir a sus diversas actitudes respecto de la caída de Roma. En el primero, se menciona la preocupación de ambos sobre ciertas tesis, sobre todo, de Orígenes y de Pelagio, toda vez que ellas proponen diversas posiciones doctrinales en las bases y orígenes de la Cristiandad. En un segundo momento -gozne entre el primero y el tercero, ya que constituye un problema de interpretación- se analiza su discusión con el hiponense acerca del episodio de Antioquía y la diferente lectura que los dos hacen de la divergencia entre los apóstoles Pedro y Pablo. En el tercer momento, y sobre una selección de textos jeronimianos, la autora reflexiona acerca de las exigencias y características de la labor de traducción, vigentes hoy, que ofrecen los escritos del *doctor maximus*.

Palabras clave: Cristiandad; San Agustín; San Jerónimo; textos.

Abstract

This work is articulated in three moments in which the figure of St. Jerome is presented in confrontation with that of Augustine and after alluding to their different attitudes with respect to the fall of Rome. In the first, mention is made of the concern of both about certain theses, especially those of Origen and Pelagius, since they propose different doctrinal positions on the bases and origins of Christianity. In a second moment - a gap between the first and the third, since it constitutes a problem of interpretation - we analyse his discussion with the Hipponesian about the episode of Antioch and the different reading that the two make of the divergence between the apostles Peter and Paul. In the third section, and on the basis of a selection of Jerome's texts, the author reflects on the demands and characteristics of the work of translation, still valid today, which the writings of the doctor maximus offer.

Keywords: Christianity; St Augustine; St Jerome; texts.

Resumo

Essa obra se articula em três momentos nos quais a figura de São Jerônimo é apresentada em confronto com a de Agostinho e após aludir às suas diferentes atitudes com relação à queda de Roma. No primeiro, menciona-se a preocupação de ambos com certas teses, especialmente as de Orígenes e Pelágio, já que propõem diferentes posições doutrinárias sobre as bases e as origens do cristianismo. Em um segundo momento - uma lacuna entre o primeiro e o terceiro, já que constitui um problema de interpretação -, analisamos sua discussão com Hiponense sobre o episódio de Antioquia e a diferente leitura que os dois fazem da divergência entre os apóstolos Pedro e Paulo. Na terceira seção, e com base em uma seleção de textos de Jerônimo, o autor reflete sobre as exigências e as características do trabalho de tradução, ainda hoje válidas, que os escritos do *Doctor maximus* oferecem.

Palavras-chave: Críandade; Santo Agostinho; São Jerônimo; textos.

Está fuera de duda que los dos gigantes de la transición que media entre el siglo IV y el V son los santos Jerónimo y Agustín. Para nosotros hoy sus divergencias acaso sean más interesantes que aquellos puntos en los que concordaron.

Conviene recordar, pues, ante todo, las principales causas que provocaron desacuerdos puntuales entre los dos Doctores. En una serie de cartas, dieciocho en total, que intercambiaron –porque nunca se pudieron ver personalmente- entre los años 394 y 419, expusieron sus opiniones respectivas sobre varias cuestiones.

Ellas se pueden dividir en tres grupos temáticos, y, más allá o más acá de ellos, la actitud asumida frente al derrumbe de Roma. Es sabido que, Jerónimo la vive como un cataclismo; Agustín, en cambio, como el cierre de un ciclo histórico y la posibilidad de construir un nuevo comienzo en la historia de la humanidad.

Notandum, ano XXVII, 2024 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

Ahora bien, por delante de este telón de fondo, los núcleos o zonas de controversia son, en nuestra opinión:

1) la cuestión de las posiciones doctrinales que se iban gestando en los siglos iniciales de la Cristiandad, sobre todo, las de Orígenes y las de Pelagio;

2) la diferencia sobre la interpretación de ciertos versículos de la *Epístola de San Pablo a los Gálatas* en los que se refiere el crucial “incidente de Antioquía”; y

3) aquella, vinculada con las anteriores y sobre la que nos detendremos un poco más, que es el debate acerca de la traducción de los textos bíblicos realizada por Jerónimo a partir de los originales hebraicos. La razón de este interés es que, al discutir este trabajo con sus corresponsales, que solían atacarlo, Jerónimo defiende sus criterios, dando lugar así a una larvada teoría de la traducción que pervive. Pero vayamos por orden.

Respecto del primer punto, tanto Jerónimo como Agustín fueron unánimes frente a la necesidad y a la urgencia de ofrecer una respuesta firme y tajante a las tesis de Pelagio, que afirmaba la suficiencia del libre albedrío para el bien y minimizaba la fragilidad humana, desconociendo las consecuencias de la falta original. De hecho, los pelagianos “acusaron” Agustín de crear la doctrina del pecado original que, a la postre, resultó fundamental para la evolución posterior de la antropología medieval. Igualmente se hubo de combatir a Orígenes, en particular, su tesis que sostenía la eternidad de la Creación, así como su desvalorización de la materia y por ende del cuerpo, etc.

Pero es necesario señalar no sólo un contexto sino también la idiosincrasia de los personajes. Tanto Jerónimo como Agustín se consideraban a sí mismos como centinelas de una Iglesia asediada por las herejías, mientras se trataba de fijar y ampliar la doctrina ortodoxa que iba a constituir su identidad. A la nobleza y la capacidad de trabajo de ambos, se les sumaban, también por parte de los dos, un temperamento fogoso, irónico y hasta quisquilloso al que le era difícil perdonar.

Con todo, en varias ocasiones, Jerónimo afirmó su admiración por los escritos antipelagianos de Agustín, aun después de haber terminado su propio *Dialogus adversus Pelagianos*. En cuanto a la obra tan controvertida de Orígenes, también los dos reconocieron la necesidad de atacar sus errores sin dejar de utilizar lo que se conformaba con el núcleo de la doctrina que el mundo cristiano se iba dando a sí misma. Con todo, un incidente pinta a Jerónimo de cuerpo entero: fue en tanto polemista y apologeta como participó fervorosamente en disputas en cuyo contexto escribiría ese *Diálogo contra los pelagianos*. Este texto suyo le valdría, entre otras cosas, el que una banda de seguidores de Pelagio asaltara su convento o

cenobio en Belén para prenderle fuego. En este ataque, acaecido el año 415, se derramaría la sangre de un diácono y acabaría siendo pasto de las llamas la biblioteca de Jerónimo, quien pudo salvarse gracias a que se refugió en una torre fortificada. Convengamos en que los conflictos en los que vivamente tomaba parte Agustín –también polémicas doctrinales como ésta- se libraban con la fuerza de su retórica y no tan dramáticamente.

Pero, más allá de las “diferencias de estilo”, en lo fundamental, tanto Jerónimo como Agustín estaban de acuerdo. No es por aquí, entonces, donde se han de encontrar las divergencias, ya que existía entre los dos gigantes un respeto recíproco y, de parte de un Agustín todavía joven, por momentos una gran admiración por el ya venerable, aunque cascarrabias Jerónimo.

Ciertamente, Roma, tanto en su condición de *caput mundi* como en la de ser sede y rectora de la Cristiandad, está en medio de los dos. Pero se trata de una Roma en crisis. Acaso sea en relación con esto donde va asomando muy claramente la diferencia entre Jerónimo y Agustín. Al enterarse del saqueo de Roma en el 410, Jerónimo escribe desde su retiro de Belén: “Cuando la más brillante antorcha de la tierra se apagó, cuando el imperio romano fue herido en su misma capital, cuando la tierra entera recibió un golpe mortal con esta sola ciudad, yo quedé mudo, totalmente anonadado. Me faltaron las palabras buenas...”

Más todavía, sabemos por testimonios que un hombre de la sorprendente capacidad de trabajo del *doctor maximus* -se valía de braquígrafos- ante el derrumbe de Roma, permaneció seis meses sin poder traducir ni comentar.

En cambio, ya al año siguiente, dice Agustín en su sermón 81: “Roma no ha perecido; ha sido castigada, pero no aniquilada. Roma no perece, si no perecen los romanos”.

Agustín puede escribir esto porque ya ha concebido su sinfónica concepción de la Historia, protagonizada también por *La Ciudad de Dios*. Ella será la levadura de la civilización y atravesará los siglos; a la *urbs* devastada opondrá una *civitas* gloriosa. Lo hace porque el águila de Hipona ve, aun políticamente, más lejos, más allá de Jerónimo. Para valernos de un anacronismo grosero: su mirada es telescópica y, con ello lejos está de él ahondar en profundidades semánticas; la de Jerónimo, en cambio, penetra en la tradición de los textos a la luz de un potente microscopio.

Agustinianamente, la *civitas* gloriosa necesita reconocerse sobre la base de un texto uniforme, un texto que *diga* lo mismo, más allá de diferencias culturales entre las iglesias orientales y las de Occidente. Jerónimo, por el contrario, está atento a penetrar en el sentido de los textos sagrados; a *explicarlos* en su traducción.

Notandum, ano XXVII, 2024 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

Esto se refleja también en sus opiniones divergentes –y, a veces, de expresión exaltada– sobre los otros dos puntos que mencionamos: el incidente que tuvo lugar en Antioquía, del que da cuenta la epístola paulina a los Gálatas, y, fundamentalmente, lo que más los separó: la necesidad de proponer una nueva traducción de las Escrituras.

En relación con lo primero, lo que se relata en esa *Carta a los Gálatas* (2, 11-14) de San Pablo concierne a la diferencia de perspectiva entre Pedro y Pablo en los inicios de la Cristiandad, por ende, nada menos que determinar los destinatarios primeros de la evangelización. En sustancia, la posición de Pablo es la de que la predicación del Evangelio debe ser hecha también a los gentiles, esto es, a los no judíos; Pedro concebía, en cambio, la Iglesia naciente en continuidad con el Judaísmo. Así,

[...] cuando Pedro vino a Antioquía, en lo exterior lo reprendí [*in faciem* {*katà prósopon*} *ei restiti*], porque era de reprender.

¹²Pues antes de que viniesen algunos judíos de parte de Jacobo [Santiago], comía con los gentiles; pero después que vinieron, se retraía y se apartaba, porque tenía miedo de los circuncisos.

¹³Y en su simulación [*simulatione*] participaban también los otros judíos, de tal manera que aun Bernabé fue también arrastrado por la hipocresía de ellos. (BIBLIA, Gál, 2: 11-13).

La contraposición entre los apóstoles Pedro y Pablo, con ventaja para el último que registra la historia posterior, es otro de los tópicos y motivos de reflexión para Jerónimo.

Lo notable para nuestro tema es que su argumentación se apoya en la traducción del *in faciem* que aparece en la versión latina como traduciendo el *katà prósopon* griego, “de frente”, “en persona”, como consigna el Liddell-Scott.

Pero para el *Doctor maximus in Sacris Scripturis*, la expresión es una traducción del griego que significa «según apariencia», «en lo de fuera», lo que confirma su propia interpretación: «Lo que hizo fue disimular, y reprendió según la apariencia, y esto resuena en aquellas palabras, ‘*in faciem ei restiti*’». Sea como fuere, Jerónimo claramente fundamenta la superioridad de Pablo por ser él el apóstol de los gentiles (o sea de los no judíos) (*ep.* 112,5: *doctor gentium*), frente a Pedro, apóstol de los judíos, esto es, de los circuncisos (*ep.* 112,5: *princeps circumcisionis*).

Lo cierto es que, movido por su celo, Jerónimo se excedió llegando incluso a atacar al primero de los apóstoles, a Pedro, es decir, a la figura-cabeza de la Cristiandad. Lo hace al interpretar la actitud de Pedro no como un disimular con el fin de limar posibles asperezas

Notandum, ano XXVII, 2024 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

iniciales en la incipiente comunidad de los creyentes en el evangelio, sino lisa y llanamente como una *simulatio*, con lo que ésta conlleva de mentira.

Aclaremos, la *simulatio* es un término que designa el acto de mostrar externamente, con la propia conducta o actitud, que se está viviendo un estado interno determinado, cuando lo cierto es que, al mismo tiempo (*simul*), dicho estado es inexistente o diverso del manifestado. Con ello, el sujeto provoca necesariamente en los demás un falso juicio acerca de sí mismo. Digamos, de paso, que, aunque también existe el sustantivo *dissimulatio*, éste es tardío. De lo que se habla entonces es de la *simulatio* considerada *materialiter*. Solamente cuando se añade a ella la intención deliberada de engañar, se tiene la *simulatio formaliter* y sólo entonces se convierte en un concepto perteneciente a la ética. Pero Jerónimo deja entrever claramente que él considera el disimulo de Pedro frente a los judíos *formaliter* y que, por ende, Pedro ha mentido.

Ante esto, la respuesta de Agustín es, por lo menos, enfática, porque para él se trata de una mentira lisa y llana, esto es, de algo intrínsecamente ilícito. Así, en la carta 28 que dirige al venerable Jerónimo, dice lo siguiente:

He leído algunos escritos a ti atribuidos ... En la *explicación* que has querido dar [*enodare velles*] al famoso pasaje de la Carta a los Gálatas [Pablo] trata de disuadir al apóstol Pedro de una funesta simulación. Me duele mucho –lo confieso– que a propósito de esto haya sido asumida por ti o por algún otro ... la defensa de la mentira, hasta que no sean refutadas mis argumentaciones en contrario, si es que acaso es posible refutarlas. (SAN AGUSTIN, 1986. pp. 150-151).

“*Enodare*” es la expresión que utiliza Agustín y cuyo significado es “quitar los nudos, poner en claro”; por ende, explicar. En cambio, para el doctor de Hipona hay que limitarse a decir lo mismo que –supuestamente– dice el original hebreo. Fundamentalmente, en la perspectiva agustiniana, por una parte, no hay que dar pie bajo ningún concepto a la sospecha de una mentira y, por la otra, decir siempre lo mismo. De lo contrario, el texto puede perder credibilidad. Poco le importaban los posibles matices en los que toda traducción debe reparar, las innumerables posibilidades interpretativas que se le ofrecen a un traductor muchas veces abrumado por ellas. El objetivo agustiniano era –permítasenos insistir en la imagen– más “sinfónico”. Se trataba nada menos que de la visión *política*, en el más alto y amplio sentido del término.

Agustín consideraba que bastaba para la exégesis la edición revisada de los Setenta, con la adición de señales diacríticas para designar las palabras que había que quitar o añadir con

Notandum, ano XXVII, 2024 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

respecto al texto hebreo. Sobre todo, el hiponense pensaba que, a través de la nueva traducción de San Jerónimo, fundada en el hebreo, se ponía en entredicho la autoridad del texto griego. También temía que la traducción jeronimiana realizada a partir del hebreo provocara desacuerdos entre las Iglesias latinas y las griegas, o que diera pie a las críticas de los judíos. Por todo esto, no puede sorprender que Agustín *desaliente* enfáticamente a Jerónimo a llevar a cabo una nueva versión del Antiguo Testamento -es decir, lo que habría de ser la Vulgata-distinta de la versión de los Setenta, “cuya autoridad es preeminente”, se lee en la misma carta 28. Recordemos que la Septuaginta es una recopilación en griego koiné de los textos hebreos y arameos de la Biblia hebrea. Representa una síntesis en que se subraya el monoteísmo judío y su ética.

Escribe Agustín: "Te pido y conmigo te pide toda la comunidad estudiosa de las iglesias africanas que no te canses de poner tu esmero y trabajo en traducir los libros de los autores que, en lengua griega [que Agustín nunca conoció bien], han tratado magníficamente de nuestras escrituras [o sea, los comentaristas]. Con ello conseguirás que también nosotros conozcamos a estos hombres extraordinarios y, muy especialmente a ése que tanto citas en tus obras [es decir, Orígenes]". Pero añade explícitamente: “En cuanto a traducir a la lengua latina las Santas Escrituras canónicas, yo *no desearía* que trabajaras en eso”.

Inclinado sobre los textos que se abren siempre a una pluralidad semántica, Jerónimo no prestó oídos, por fortuna, a esta admonición agustiniana. Y realizó esa vocación fundamental a la que responde la tarea del traductor, a saber, la de ser puente entre culturas y lenguas. Para ello tenía la mejor base. Educado en Roma, había vivido y continuado su formación largos años en Asia Menor y Constantinopla, por lo que conocía las dos orillas lingüístico-culturales entre las que quería establecer el tránsito textual.

A esas orillas de la traducción aludiría más tarde expresamente el humanista Leonardo Bruni cuando hizo aceptar de manera definitiva el término que hoy en día expresa nuestra actividad: *traducere navem*, es decir, pasar a la otra orilla la nave [textual]. Jerónimo, al trasladar al latín los comentarios de Orígenes, los estaba convirtiendo en patrimonio de la iglesia de la parte occidental, ya latino-parlante; en acervo doctrinal que permitiría a ambos mundos tener puntos de referencia comunes.

Pero la traducción de la Fuente, esto es, de la Escritura misma es otra cosa. Y Jerónimo, el *doctor maximus*, no podía sino estar perfectamente consciente de eso.

Notandum, ano XXVII, 2024 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

Estos pensamientos los incluye en sus escritos cuando está tratando de explicar el porqué de una determinada decisión, pero están sobre todo presentes en sus prólogos y prefacios, precisamente donde hay que abreviar para conocer su traductología.

En la obra de san Jerónimo es claramente perceptible que era un hombre sistemático en su trabajo, que elegía una u otra forma de traducir en función del tipo de texto. Así, sus reflexiones teóricas sobre la traducción se basan sobre la práctica real de la profesión. Le preocupaba no solamente la correcta interpretación del texto bíblico y no apartarse de la “verdad hebraica”, sino también muchos otros aspectos de la traducción. Es consciente del valor de su trabajo como puente lingüístico-cultural; está convencido de la necesidad de una buena formación humanística para ser traductor; él mismo se considera no sólo traductor, sino también escritor, de manera que en ocasiones reivindica al traductor como autor; insiste sobre la necesidad de conocer no sólo la lengua de partida, sino fundamentalmente la cultura en la que está inserta esa lengua, sin cuyo dominio no se llegará a transmitir correctamente el sentido del texto; practica la lectura continua de todos aquellos libros que cree que le pueden ayudar a comprender un determinado pasaje; lleva a cabo una búsqueda sistemática de documentación, de traducciones anteriores; analiza desde el punto de vista lingüístico las páginas que lo ocupan; en ocasiones trabaja tanto sobre un texto antes de emprender la traducción que esto le lleva incluso a escribir un tratado sobre ese tema concreto, o bien un glosario, consciente, además, de que tal trabajo podrá ayudar a otros a recorrer el camino de la traducción.

En ocasiones Jerónimo menciona los diferentes problemas ante los que se encuentra el traductor: gramaticales, lexicográficos, de sentido, culturales, cognitivos, textuales, lingüísticos y extralingüísticos, y trata de hacer frente a ello mediante el estudio, la formación clásica y la constante lectura, con una profunda preparación para ser competente en su trabajo. Asimismo, abordó con vehemencia la crítica de traducción. Si recogiésemos todas sus diatribas en este sentido y las razones que fundamenta para rebatir críticas, veríamos que podríamos recopilar también un pequeño tratado sobre “evaluación de traducciones”.

Y con esto abordamos el tercer y más importante punto de los que nos proponíamos tratar.

Atendamos a la colección que en este último sentido ha ofrecido Pilar Martino Alba (2008), añadiendo entre paréntesis a su antología algunos apuntes de reflexiones propias:

Notandum, ano XXVII, 2024

CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

Tabla 1

<p>1. <i>Sobre el papel del traductor como transmisor de conocimientos</i> (S. Jerónimo, <i>Prólogo Galeato</i>): “[...] Y cuando hayas entendido lo que antes desconocías, considérame traductor si eres agradecido, o parafraseador, si desagradecido; pero soy consciente de que yo nada he cambiado de la verdad hebrea [...]” (En palabras nuestras, la verdad está en lo más difícil de captar, el sentido; de ahí que haya necesidad de una traducción que <i>explique</i>).</p>
<p>2. <i>Sobre la comprensión del texto original</i> (Prólogo al <i>Pentateuco de Moisés</i>), donde hay una airada refutación de la tradición de los Setenta como mito “[...] Y no sé quién fue el primer autor que, con su mentira, construyó en Alejandría las setenta celdas en las que, separados, los traductores escribieron las mismas palabras, cuando Aristeas, escudero del mismo Ptolomeo, y mucho tiempo después Josefo, nada tal contaron, sino que escriben que [esos setenta traductores] estuvieron reunidos en un palacio real, no que hubieran profetizado, pues una cosa es ser adivino y otra ser traductor: ahí [entre profetas] predice el espíritu lo venidero, aquí [en la traducción] la erudición y el acervo de palabras traslada lo que <i>entiende</i>.” (El blanco aquí es San Agustín, con la reivindicación jeronimiana del texto de los Setenta).</p>
<p>3. <i>Cada lengua tiene su genio</i> (Prólogo a los tres <i>libros de Salomón</i>): “[...] Mas también aquellos pasajes que traductores incompetentes han vertido mal al trasladarlos del griego a nuestra lengua, los he corregido con el meticuloso deseo de dar con la verdad, borrándolos y restableciéndolos en su forma antigua, y donde la claridad había quedado eliminada por el orden de las frases trastornado y confuso, restituyendo las palabras a su propio lugar, he conseguido que se entienda lo que estaba oculto [...]” (Se ha hablado más de una vez del orden de los sintagmas en latín que está lejos de ser caótico como muchas veces sólo quienes son principiantes le quieren atribuir).</p>
<p>4. <i>En defensa de la labor del traductor</i> (Prólogo a los <i>libros de Josué y de los Jueces</i>): “[...] para que no pierda nuestro trabajo y ni tampoco su aplicación [...] yo no acuño cosas nuevas para reprensión crítica de los antiguos, como amigos míos me recriminan, sino que, en lo que de mí ha dependido, ofrezco nuestra versión a los hombres de mi lengua [...]. Y si en algunos pasajes dudan en la lectura de los libros antiguos, comparando estos con aquellos, pueden encontrar lo que buscan, sobre todo cuando entre los latinos tantos son los originales cuantos los códices y cada cual a su arbitrio ha añadido o ha quitado lo que le parecía; pero, en todo caso, no puede ser verdadero lo que difiere [...]” (En este sentido, Jerónimo llama la atención sobre la importancia decisiva de las fuentes, lo cual, en nuestra opinión, tiene que ver con la honestidad del traductor en cuanto tal).</p>
<p>5. <i>Sobre los rasgos estilísticos</i> (Prólogo a los <i>Libros de Salomón</i>): “[...] Si hay alguien a quien, con razón, le agrada más la edición de los <i>Setenta Intérpretes</i>, la tiene enmendada antaño por nosotros, pues no construimos cosas nuevas de manera que destruyamos las antiguas. Y, sin embargo, cuando los haya leído con mucha atención, advertirá que se entienden mejor los nuestros, que no se acumulan y corrompen trasegados a una tercera vasija, sino que desde la prensa misma vertidos en una limpiísima tinaja han conservado su genuino sabor [...]” (Nos topamos en este pasaje con otra de las cosas más difíciles del oficio de traductor: la recuperación de un espíritu; todos sabemos que no se pueden emplear términos recientemente aceptados o acuñados para dar cuenta de un texto antiguo).</p>
<p>6. (Prefacio a la <i>Crónica</i> de Eusebio de Cesárea): “[...] Desde luego, es difícil, para quien recorre las líneas de un escrito ajeno, que no se extravíe en algún lugar, ya que es cosa dificultosa que lo que en otra lengua está bien dicho, conserve el mismo decoro en la traducción [...] Si traduzco palabra por palabra, suena absurdamente; si, por necesidad, algo que está en un orden, lo cambio en la frase, parecerá que me he apartado del deber del traductor.” (El cansancio del traductor se explica porque es un permanente tomador de decisiones. En esas decisiones debe balancearse sobre una doble fidelidad, al autor y al lector).</p>
<p>7. <i>Sobre el dominio de lenguas</i> (Prefacio a la <i>Crónica</i> de Eusebio de Cesárea): “[...] Después se llega al punto de que las Sagradas Escrituras parezcan menos elegantes y sonoras porque, traducidas por hombres elocuentes, pero ignorantes de la lengua hebrea, al mirar la superficie sin llegar a la médula, los lectores se horrorizan del feo vestido de la elocución antes casi de encontrar dentro el bello cuerpo de las cosas [...]” (Aquí no se puede olvidar a un Agustín joven, que admite en sus <i>Confesiones</i> su decepción por el estilo neotestamentario que no es precisamente ciceroniano, decepción previa por cierto a las lecciones de San Ambrosio).</p>
<p>8. <i>Sobre la documentación</i> (Prólogo al <i>Libro de las Crónicas, o los Paralipómenos</i>): “[...] Así como las historias de los griegos las entienden los que han viajado a Atenas [...] así también comprenderá más claramente la Santa Escritura quien ha contemplado con sus ojos la Judea y ha conocido los monumentos de sus antiguas ciudades y los nombres, ora los mismos, ora cambiados, de sus lugares. Por eso nosotros también hemos tenido el cuidado de emprender esta tarea en compañía de los más eruditos hebreos [...] en los libros divinos yo nunca he confiado en mis propias fuerzas ni he tenido como maestra mi propia opinión, sino que he solido preguntar incluso sobre aquellas cosas que yo creía saber [...]” (Se subraya no sólo el respeto a las fuentes, sino también la percepción de un clima cultural y se apela a la humildad).</p>
<p>9. <i>Sobre las técnicas de supresión, omisión, ampliación, etc.</i> (Prefacio a la <i>Crónica</i> de Eusebio de Cesárea) “[...] El caso es que conviene saber que, en parte, he recurrido a mi oficio de traductor y escritor, porque no</p>

Notandum, ano XXVII, 2024 CEMOrOC-Feusp / GTSEAM

sólo me he atenido con mucha fidelidad a los datos griegos, sino que también he añadido algunos que me parecía que se habían omitido, sobre todo en la historia romana, que Eusebio, el verdadero autor de este libro, me parece no tanto que la ignorase, siendo como era un erudito, sino que, al escribir en griego, la había abreviado como poco necesaria para los suyos [...]"

(Jerónimo no se priva de advertir una vez más sobre el respeto a la fidelidad: en este caso, no se abrevia; se explica).

10. *Sobre el arte de bien traducir* (Carta 57, 1-2 a Panmaquio, a propósito de la traducción de la carta de Epifanio a Juan de Jerusalén): "[...] Llamamos a un taquígrafo y dicté a toda prisa, anotando brevemente al margen de cada página el sentido de los párrafos que ocupaban el centro; porque también me había pedido insistentemente que hiciera esto para su uso particular [...] de manera que andan pregonando entre los ignorantes que soy un falsario, porque no traduje palabra por palabra, que puse "queridísimo" en lugar de "honorable" [...] Éstas y otras tonterías por el estilo son mis delitos." (Habría que ahondar aquí en la necesidad de resistir al apremio y la urgencia de los editores, y en la importancia de los borradores y las revisiones).

11. *Sobre la adaptación* (Carta 57, 5 a Panmaquio): "[...] la misma carta demuestra que no se ha cambiado nada del sentido, ni se han añadido cosas, ni se ha inventado doctrina alguna, son ellos los que demuestran 'no entender nada, [a fuerza de suponer que entienden]'. (Una vez más, no cambiar el *sentido*, eso es explicar para Jerónimo).

12. (Terencio, *Andria*, prol., 17) [...] "Yo no sólo confieso, sino que proclamo en voz alta que, en la traducción de los griegos, a excepción de las Escrituras Santas, en las que la estructura misma de las palabras encierra su misterio, lo que yo traslado no es la palabra a partir de la palabra, sino la idea a partir de la idea. Y en esto tengo a Tulio por maestro, que tradujo [...] dos bellísimos discursos intercambiados entre Esquines y Demóstenes [...] Me basta la autoridad misma del traductor, que en el prólogo a esos discursos dice: 'Pensé que había que emprender un trabajo útil para los estudiosos, aunque no fuera necesario para mí mismo. No los he trasladado como traductor, sino como orador que soy; con las mismas ideas, con sus formas y figuras, pero con palabras acomodadas a nuestro uso'..." (Lo que aquí se subraya, en ese balanceo del que se hablaba, es la fidelidad al lector).

13. *Sobre los autores clásicos* (Carta 70,2-3-5-6 a Magno, orador de la ciudad de Roma): "[...] Respecto de lo que me preguntas al final de la carta, por qué en mis obras pongo a veces ejemplos de la literatura profana [...] ¿quién no sabe que en los rollos de Moisés y de los profetas hay cosas tomadas de los libros gentiles, y que Salomón planteó algunas cuestiones a los filósofos de Tiro y les respondió a otras? De ahí que, en el exordio de los *Proverbios*, nos amonesta él mismo a que entendamos los discursos de la prudencia y artificios de las palabras, las parábolas y el lenguaje oscuro, los dichos de los sabios y sus enigmas, cosas que pertenecen propiamente a los dialécticos y filósofos [...] Hilario, confesor y obispo de mi tiempo, ha imitado los doce libros de Quintiliano, en el estilo y en el número, y en un breve opúsculo escrito contra el médico Dióscoro ha mostrado su talento literario [...] porque todos los libros de casi todos los autores citados, a excepción de quienes como Epicuro no han estudiado las letras, están repletos de erudición y ciencia."

(Acaso valga aquí la siguiente acotación: un traductor sin cultura no puede ser un buen traductor. No se trata sólo de contexto inmediato, sino de contexto también mediato).

Texto elaborado por el autor

Por su parte, y a manera de síntesis, Miguel Vega Cernuda señala lo siguiente:

Hay que advertir que estos principios formulados por Jerónimo eran eso: principio, camino, brújula, regla, es decir, intento, norma a observar y, por supuesto, a contravenir. Utopía, en definitiva. Pues no hay regla sin excepción, ni estado de gracia sin pecado. El mismo Jerónimo en ocasiones parece contradecir en la práctica esos principios por él estatuidos e incluso en algunos otros textos parece confesar que aun en las Escrituras ha tenido que proceder *ad sensum*. En la introducción al libro de Job dice que en su traducción *nunc verba, nunc sensus, nunc simul utrumque resonabit*. En la misma carta a Panmaquio, Jerónimo comprobará que incluso los apóstoles y evangelistas, en la interpretación de las Escrituras antiguas no buscaron tanto las palabras cuanto el sentido. (VEGA CERNUDA, 1999, p. 13).

Pero volvamos a Pilar Martino Alba (2008, p. 466), quien concluye:

Jerónimo no teoriza con carácter normativo, sino simplemente didáctico, dando libertad a los traductores en su voluntad de “saber hacer” y “saber sobre”. En sus prólogos y prefacios, pero sobre todo en sus *Comentarios a los profetas*, a menudo hace referencia a que las diferencias culturales y contextuales pueden conducir a la no comprensión del texto, es decir a que pierda su función comunicativa, por ello considera necesaria la exégesis, la explicación que complementa la traducción.¹

La traducción es, sobre todo, un arte. Como todo arte, su dominio exige conocimiento, comprensión, obstinación. Sobre todo, afán de comunicar, aun cuando el traductor pueda –y deba- desaparecer en el traslado. En esa desaparición acaso esté toda su gloria.

Referencias

AGUSTÍN, SAN. **Obras Completas**. *Cartas* 1.º 1-123. Edición bilingüe. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1986. pp. 148-154.

BIBLIA. Espanhol. **Biblia de Jesuralén**. Bilbao: Desclée De Brouwer, 2009.

JERÓNIMO, SAN. **Epistolario I**. Edición bilingüe. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1992, pp. 730-737.

MARTINHO ALBA, P. San Jerónimo, traductor y traductólogo. In: NAVARRO DOMINGUEZ, F. (Coord.). **La traducción**: balance del pasado y retos del futuro. Madrid: Universidad de Alicante; Universitat d'Alacant, 2008. p. 453-466.

VEGA CERNUDA, M. A. La labor traductográfica y la filosofía traductológica de San Jerónimo en su marco biográfico. **Hermeneus. Revista de Traducción e Interpretación**, n. 1, 1999, p. 1-14. Disponible en el sitio: <https://recyt.fecyt.es/index.php/HS/article/view/6020>. Visitado en 07/05/2024.

¹ Además del ya citado trabajo de Martino Alba, se puede consultar Stoico, G., *L'epistolario di S. Girolamo. Studio critico-letterario di stilistica latina*, Napoli, 1972.